



Casas de Tinta 2.0

Organiza:



Colaboran:



Acuarelas de
Paula Almonacid Olleros

Casas de Tinta 2.0



Acuarelas de: Paula Almonacid Olleros

Organizada por: Centro de Estudios Bejaranos

Colaboran: Excmo. Ayuntamiento de Béjar, Cámara de Comercio y Casino Obrero de Béjar

Colección Varia Bejarana, n.º 13

© Centro de Estudios Bejaranos, de esta edición
© de las imágenes: Paula Almonacid Olleros
© de los textos: sus autores

EDITA:
Centro de Estudios Bejaranos
www.cebejaranos.com

COLABORAN
Excmo. Ayuntamiento de Béjar
Cámara de Comercio de Béjar
Casino Obrero de Béjar

Composición de portada:
Óscar Rivadeneyra Prieto

Diseño y maquetación:
Ismael Sánchez Castro
ismasan76@gmail.com · 670763012

Depósito legal: S 000-2026

Impreso en España — Printed in Spain

Todos los derechos reservados

Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse ni transmitirse sin permiso escrito del Centro de Estudios Bejaranos.

Presentación

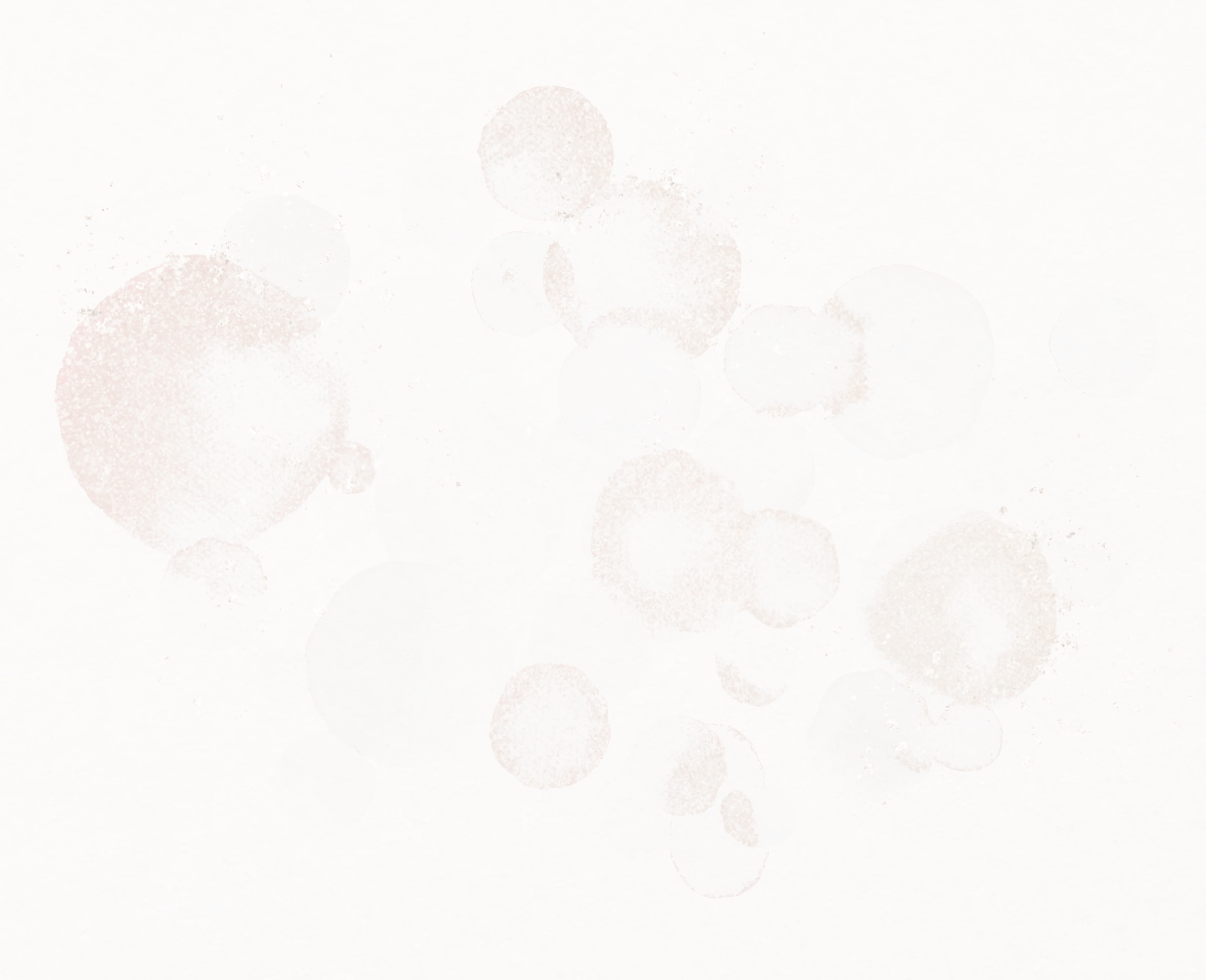
Animados por el éxito obtenido en la primera edición de la exposición *Casas de tinta*, que celebramos en el Casino Obrero en agosto de 2024, hemos preparado *Casas de Tinta 2.0* con la idea de rendir homenaje a quince establecimientos que han jugado un papel importante en la vida bejarana. Unos forman parte de nuestro pasado más o menos reciente y otros, por fortuna, siguen ejerciendo su actividad.

Como explicábamos hace dos años, la relación del CEB con Paula Almonacid Olleros, andaluza de origen bejarano, surgió de forma casual cuando descubrimos sus dibujos en redes sociales. Una primera toma de contacto dio lugar a las primeras *Casas de tinta* y fue el comienzo de una buena relación de amistad. De esta forma, surgió la idea de una nueva colaboración entre Paula y el CEB y se decidió honrar a distintos establecimientos míticos relacionados con el comercio y la industria, a cuyas imágenes, algunas de ellas desaparecidas, Paula llena de vida e inspira las contribuciones históricas y literarias de varios investigadores y escritores ligados al CEB.

De esta forma, resurge la añorada librería Studio recordándonos la amabilidad de Ignacio cuando éramos jóvenes devoradores de libros y seguimos en aquella época feliz contemplando el desaparecido Garaje Honorio, la perfumería Herrero o Calzados Sánchez, donde con la compra de los zapatos Gorila nos daban una preciosa pelota verde. La fábrica de Higinio Cascón nos lleva a un pasado textil boyante y la imagen de la desaparecida Fonda España nos recuerda la importancia que tuvo Béjar como centro veraniego. Y ya en el presente admiramos la labor de los establecimientos que siguen en activo en el mismo local, como la Botica de la Bola o Deportes Diana o nos permite recordar el antiguo emplazamiento de los que continúan su labor en otro lugar.

Una vez más, gracias a todos los que han contribuido a esta magnífica exposición. En primer lugar, a Paula Almonacid Olleros, una gran artista que también es pianista y ha respondido generosamente a nuestra invitación. A todos los investigadores y escritores que ilustran las imágenes por su generosa contribución, a la Cámara de Comercio, con cuya ayuda hemos contado, y al Casino Obrero, en cuyos locales celebramos gran parte de nuestras actividades.

JOSEFA MONTERO GARCÍA
Presidenta del CEB



ACUARELAS



Gracias a Óscar Rivadeneyra sabemos que la casa de la calle Reinoso número 1 pertenecía, en 1870, a Manuel Bruno Agero, miembro de una larga estirpe de fabricantes; por tanto, el capital que financió la construcción procedía, una vez más, de la industria textil. Entonces la vía se llamaba Isabeles, en recuerdo del convento de monjas que hubo en la otra acera, la de los pares. Pero Manuel Bruno estaba interesado en otro espacio (la Puerta de Ávila) y en otro edificio para convertirlo en su propia residencia, por lo que decidió vender el inmueble a José González Ribera. En 1896, la vivienda pasó a las manos de Deogracias de Busto García, a quien llegó por herencia de su esposa Petra González.

Deogracias es un personaje misterioso, cuya vida y profesión ignoramos. Debía de ser una persona acomodada y caritativa, pues era miembro de la junta directiva de la Cocina Económica de Béjar en 1897. En 1905, el inmueble debió de ser comprado por Bonifacio Escudero Díaz, oficial de la secretaría del Ayuntamiento, ya que solicitó la inscripción a su nombre en el registro fiscal. Tres años después el nuevo propietario abrió un pequeño balcón por la calleja de San Nicolás. Tras la muerte de Bonifacio en 1935, heredaron el edificio sus hijas Teresa y Julia Escudero Hoya, casadas respectivamente con Heliodoro Corrales y Antonio Cejuela.

Sobre su planta baja y su uso comercial no sabemos nada hasta 1933, cuando Tomás Hernández Sánchez pidió permiso al Ayuntamiento para abrir una barbería-peluquería. Recientemente, todos la recordamos como sede de la librería Studio.

Su emplazamiento es magnífico, frente al Murallón, con vistas sobre la sierra, custodiada a un lado por el Casino Obrero y, en el otro, por la antigua casona regionalista de Tomás Hernández Agero, proyectada en 1919 por Vicente Agustí Elguero. La travesía de San Nicolás, que recuerda una iglesia medieval perdida, lo separa de la antigua sede de Caja Duero, para la que González Macías esculpió su alegoría sobre *El Ahorro* a mediados de

los años cuarenta. Y, adosada a ella, el número 3 de la calle Reinoso, la antigua casa del tratante en lanas José Cascón González, cuyas iniciales perviven afortunadamente en el montante de la entrada, como un vestigio de una historia que no debiera desaparecer.

Constructivamente, el edificio destaca por la esmerada cantería que da forma a sus tres arcos de la planta baja y a las plataformas de los balcones del piso principal. El corredor de la segunda planta apoya, en cambio, sobre canes metálicos; y se refuerza con tirantes o tensores metálicos en forma de ángulo recto, que no interrumpen el paso de las personas.

La casa tiene otro detalle singular, que no mantiene ninguna otra de su calle: el azulejo de la antigua numeración. El Ayuntamiento debe velar por la conservación de ese patrimonio gráfico que costó.

JOSÉ IGNACIO DíEZ ELCUAZ

LIBRERÍA STUDIO

C/ Mayor de Reinoso, 1

Apoyado en la pared, como quien no quiere la cosa. Una tarde más se ha adelantado más de veinte minutos a su cita. Le gusta pensar que anticiparse a la hora acordada le permite fantasear, deambular por los polvorientos pasillos de la imaginación, cuya neblina de gasa es atravesada por la luz de algún sol anclado a los recuerdos. Se queda absorto contemplando la parte superior de la fachada. ¡Qué poco miramos hacia arriba!

Hasta hace dos días no se había fijado en la Alegoría del Ahorro, cosida al edificio de la base de Cruz Roja. Volviendo a su vista, sobre la librería *Studio*, piensa en las manos que se habrán apoyado sobre las barandillas de los balcones. ¿A quién habrán visto plegar el paraguas antes de entrar al Casino? ¿Cuántos niños corriendo el día de San Juanito buscando su pesetita? En esta arteria de la ciudad, que une lo antiguo y lo nuevo, se podrían volcar toneles de tinta descubriendo auténticos relatos: aquel amor sellado con un primer *te quiero* en la esquina con la calle de San Nicolás, estudiantes caminando en junio al instituto, peñistas desfilando hacia la Corredera cerrando, sin saber, su último verano de tardíos amaneceres...

— ¡Hola! ¿Qué haces? Estabas sonriendo en silencio...

— ¿Sabes? Algún día nos dejaremos detalles en el olvido. Pero estas paredes siempre serán testigos de nuestra historia. ¿Les dejamos un beso para el recuerdo?

RICARDO GARCÍA GONZÁLEZ



GARAJE HONORIO

Plaza de España, 15

Para aclarar las circunstancias que hicieron posible la adquisición del edificio de la plaza de España n.º 15 de Béjar fueron imprescindibles las vivencias familiares de Antolín, Pepe, Gregorio, mi padre y mis abuelos. Y los recuerdos transmitidos por mi madre Carmen.

Mi abuelo Honorio fue un hombre recto que desde su llegada a Béjar en 1914 supo comprender las necesidades del transporte de viajeros con los conocimientos adquiridos en Argentina y, acompañado de sus 5 hijos varones, se introdujo en las primeras enseñanzas sobre la reparación de los escasos vehículos que circulaban en Béjar. Mi tío Antolín comprendió que no solo hacían falta motocicletas, camiones, autobuses o automóviles, sino recambios, neumáticos, asistencia en carretera, suministro de combustibles, custodia y lavado de vehículos, los seguros o los servicios de gestión.

Con el crecimiento económico de Béjar la empresa crecía y el espacio de la avenida del Ejército 6 resultaba insuficiente. En 1954 habíamos obtenido el servicio oficial de SEAT después de las agencias de Firestone, Montesa y Lambretta. De la motocicleta se pasó al automóvil familiar más exigente y rentable, pero las necesidades de espacio y preparación técnica crecieron. Antes de adquirir el local del Parador de las Conchas fue necesario resolver un interminable pleito que consumió nuestros esfuerzos. Los excedentes económicos eran insuficientes para afrontar la compra de aquel inmueble. La aportación de capital de la familia materna y del resto de socios permaneció como un secreto familiar del que sigo sin tener referencia precisa.

Uno de los grandes anhelos familiares había sido conseguir una concesión administrativa para distribución de combustibles. Durante más de 20 años la respuesta de CAMPSA fue un rotundo no, hasta que el mismo año de la compra del edificio se transformó en un sí. Fue entonces cuando el edificio abrió una oportunidad inesperada: la superficie del Parador rondaba los 650 m² y tenía forma triangular con un vértice que se prolongaba entre la calle del Laurel y la calle Zúñiga Rodríguez. El Ayuntamiento de Béjar deseaba organizar la plaza de España y abrir un espacio más diáfano. Las negociaciones permitieron la permuta de unos 100 m² del Parador por los terrenos de Las Mestas.

El edificio de la plaza de España resultó ser una construcción singular para su tiempo: una estructura metálica de acero sostenida por una gran viga maestra oculta en el sótano. Fue el primer edificio de Castilla y León con cerramientos de aluminio en sus ventanas realizados por MMM (Manufacturas Metálicas Madrileñas).

El peto inferior en uralita azul le otorgaba al inmueble una estética moderna que todavía hoy muchos recuerdan con admiración.

En un primer momento el edificio fue concebido como taller de mantenimiento, exposición, venta, lavado y custodia de vehículos. Las dos plantas superiores quedaron reservadas a viviendas, organizadas alrededor de un patio interior. Durante 45 años aquellas instalaciones ofrecieron servicio a Béjar incorporando chapa y pintura, alineación de direcciones, administración y venta de vehículos de ocasión.

En 2007 se formalizó el compromiso de venta a construcciones Faustino Esteban SA, pasando su propiedad íntegra en 2012. A partir de entonces comenzaron otros 14 años de recuerdos interpretaciones y nuevas realidades urbanas.

BUENAVENTURA VELASCO

Entonces Béjar no era una ciudad moderna porque no tenía semáforos ni cabinas telefónicas, pero nos hacíamos la ilusión de que sí lo era cuando llegaba el camión cargado con coches nuevos para el Garaje Honorio. Se corría la voz de que estaba aparcado en La Corredera el cabezón –apodado así por el gran tamaño de su cabina– y toda la gente se arremolinaba para ver descargar los coches que transportaba, colocados en dos filas paralelas, en la altura de sus dos pisos. Contemplábamos admirados las maniobras que tenían que hacer los operarios para desenganchar y mover uno a uno los diez coches hasta bajarlos del camión y conducirlos hacia el Garaje Honorio. Allí los perdíamos de vista cuando los metían por la rampa que llevaba a las cuatro plantas del edificio. Solían ser Seat 600, pero también podía aparecer algún 850, en rara ocasión un 1500 y ya de manera excepcional la estilizada forma del 850 coupé que todos soñábamos con tener algún día. Entre los presentes siempre había alguien que no estaba allí atraído por la mera curiosidad del espectáculo, sino por la emoción de saber que al fin había llegado el coche por el que llevaba esperando tanto tiempo. «Ese azul turquesa es el mío», gritaba uno con orgullo. «El verde es el de mi padre», decía alguno de los chavales que miraban boquiabiertos toda la operación. Así, embobados con el tránsito de los coches relucientes entre el camión que los había traído desde quien sabe dónde y el Garaje Honorio de nuestra Corredera, sentíamos que podíamos presumir de nuestra imaginada ciudad moderna.

MARCELO MATAS DE ÁLVARO



FÁBRICA DE CIPRIANO RODRÍGUEZ ARIAS S.A.

Finca de Navahonda

En la finca de Navahonda existe una fábrica textil fundada en 1840 por Cipriano Rodríguez-Arias Corón que da nombre a la empresa Cipriano Rodríguez-Arias, S. A. En el transcurso de sus primeros años (1842, 1846 y 1919), se levantaron varios edificios cuya construcción y estética aún se conserva en perfecto estado. Hasta los años 70 del siglo pasado fue una industria vertical, es decir, en la que se realizaba el proceso textil al completo desde que llegaba la lana en vellón. Primero se clasificaba según la finura de sus fibras, se lavaba, se teñía (si era necesario), para después hacerse el hilo y tejerse. Por último se aprestaba y acababa el tejido, el cual se enviaba al confeccionista. Actualmente la fábrica cuenta con las secciones de hilatura y aprestos, tintes y acabados, y continúa dentro de la familia Rodríguez-Arias, siendo su director un descendiente del fundador en su 5.º generación.

Entre las muchas mejoras industriales y laborales que se hicieron a lo largo de sus 185 años, quizás cabe destacar que a principios del siglo XX, concretamente en 1910, se crea un seguro de enfermedad para atender a los obreros y las obreras que trabajasen en ella con carácter fijo, percibiendo en los casos de enfermedades comunes sus respectivos jornales durante su enfermedad y hasta los noventa días. También se creó en 1921 una Sociedad de Seguros, denominada Mutualidad Obrera de Navahonda, contra el paro forzoso de sus obreros.

JERÓNIMO RODRÍGUEZ-ARIAS DELGADO

Allí donde las aguas se remansan
en su larga carrera desde el cielo;
donde crecen castaños, fresnos, robles,
alisos, arces, cedros, sicomoros;
donde la tierra atisba la llanura
a pesar de lo angosto de los valles.

Allí donde el azar unió la historia
de Ceclavín, en Cáceres, con Béjar;
donde el agua y la lana se fundieron
en batanes, urdimbres, tendedores,
viejas ruedas de cárcavo, telares,
batán de mazos, perchas de cardones...

Allí donde los sueños del progreso
tienen nombre de gentes que prestaron
esfuerzos y sudores compartidos:
tejedores, peones, zurcidoras,
cardadores de fibras, tintoreros,
perchadores de pelos, tundidores...

Allí donde los tiempos siguen dando
trabajo e ilusión, donde el río suena
con ecos menos bravos, donde aguarda
«otro milagro de la primavera».

Navahonda, donde el tiempo sueña y teje
el eterno jersey de la memoria.

ANTONIO GUTIÉRREZ TURRIÓN



FÁBRICA EMILIO MUÑOZ

Travesía del Rollo, 7

Cómo fabricar botones desde el balcón

Ay, esos botones... Como caramelos de frutas de todos los colores, de todos los aromas. Como pedacitos de pétalos de flores inexistentes. Como cuentas de un rosario multicolor con las que se enhebraban las almas de los niños destinadas a sucumbir siempre a la atracción de su belleza. Pequeños maleficios en las manos: dejar que se mezclen en su susurro de plata, dejar que caigan levemente, etéreas alas de nácar; que se deslicen sobre el suelo sin apenas sonido, como si fueran insectos en miniatura que no dejaran huellas de su paso por la vida.

Ay, esos botones de la infancia. Se compraban de uno en uno como si fueran joyas. Mi madre los elegía por su forma: de estrellas de tres o cuatro o cinco puntas, de perfiles tan irregulares que parecieran atropellados por un tren, de corazón ardiente en su sangre o frío como la leche; pequeños planetas redondos u ovalados, soles brillantes, nacaradas lunas de aluminio; forrados de terciopelo verde, arrugados como las frentes de los niños recién nacidos.

Ay, esos botones de mi infancia... Jamás entré en aquella fábrica situada enfrente de mi casa, pero soñé cientos de veces, acodada en el balcón, con que albergaba todas las formas posibles de la felicidad en aquellos tiempos precarios en que se podía soñar con lo minúsculo.

YOLANDA IZARD ANAYA

En nuestra ciudad, esta fábrica es conocida como la "fábrica de botones".

Fundada por el industrial y escritor Emilio Muñoz García en 1913, fue reformada y ampliada en el último cuarto del siglo XX. Ocupa un espacio entre la calle 28 de Septiembre y la travesía del Rollo y responde al espíritu de la arquitectura racionalista.

Emilio Muñoz fue una figura destacada en Béjar durante el siglo XX; su filantropía le llevó a donar el campo de fútbol, una escuela, el parque forestal "Monte Mario" y una iglesia de estilo románico italiano, entre otras obras.

Esta empresa familiar cuenta desde su inicio cuatro generaciones de propietarios. En ella se producen artículos de metal (botones, insignias, emblemas, placas, etc.) para uso civil y militar. Ha fabricado esos artículos para los ejércitos españoles durante muchos años; hoy la Guardia Real exhibe algunos de ellos en sus uniformes y armas.

ÁLVARO MUÑOZ CASCÓN



Una de las casas-obrador más icónicas del patrimonio industrial de Béjar fue construida por los hermanos Isidro y Rafael Lozano Camargo en torno a 1868 en el paraje de La Solana, entonces una zona a extramuros de la ciudad en plena expansión de obradores industriales. Mientras el edificio acababa sus obras, el perchero Higinio Cascón Torrico fundaba su negocio textil lanero dedicado a la demanda civil en otro lugar. Las historias de estas personas se cruzan en 1875 cuando los hermanos Lozano venden el edificio a Cascón y a su familia, quienes mantienen en su poder la casa-obrador durante más de cien años, hasta que en 1979 la fábrica cierre sus puertas.

Tras el fallecimiento de Cascón Torrico en 1884, el negocio pasó a su viuda, María Martínez de Soto, y a sus hijos Leocadio, Juan y Segundo. En 1910 son solo Leocadio y Segundo los que continúan al frente de la empresa hasta que solo tres años después deciden separarse de manera literal: un muro partió desde entonces el edificio

por la mitad, sin importar que puertas o ventanas quedasen privados de parte de su luz, haciéndolas casi inservibles en su estrechez.

Durante buena parte del siglo XX ambas empresas familiares funcionaron por separado, las dos dedicadas a la fabricación textil. Los procesos que acogía el edificio eran cardado, hilatura, tejeduría, perchado y tundido. Leocadio continuó con la razón social "Hijo de Higinio Cascón", mientras que Segundo cedió la suya a su hijo Higinio Cascón Núñez, un joven perito industrial que se atrevió a poner su nombre al negocio, llamándose a partir de entonces "Higinio Cascón". En 1956 este último amplía su empresa con otra nave en la calle Olivillas para la fabricación de tejidos de lana cardada y estambre para la Guardia Civil, el Ejército o Renfe. Ambos negocios cerraron con la crisis industrial de los años 70. El edificio quedó en estado de abandono hasta que una de sus mitades fue utilizada para construir viviendas, respetando solo la fachada de su cara norte.

La estructura del edificio, que consta de cuatro plantas, dos hacia su lado norte en la calle Colón, y dos por debajo del nivel de la calle hacia Olivillas, abierta hacia el monte (su cara más icónica) está realizada en sólida sillería de granito. Las tres inferiores estaban dedicadas al uso industrial y la superior a vivienda de los propietarios. En el interior destacaba el uso de madera de castaño en una combinación muy propia, madera y granito, de la arquitectura popular de la zona.

CARMEN CASCÓN MATAS

Un nuevo amanecer

Cada amanecer, la fábrica de Higinio Cascón se desperezaba solícita a las primeras luces, como un animal viejo consciente de que ha de ponerse en marcha. El guarda, don Eusebio, recorría la nave con paso lento, arrastrando pesado las suelas gastadas. A veces, se detenía a mirar la calle aún vacía con nostalgia. "Hoy tampoco vendrá", se dijo, aunque nadie pudiera oírlo.

Los primeros obreros llegaron poco después, encogidos por el frío. Entre ellos su hijo Leandro, que llevaba apenas tres semanas en la sección de hilatura. Caminaba deprisa, con la bufanda mal anudada y los dedos entumecidos. Cada mañana, al cruzar la puerta, sentía el mismo nudo en el estómago: no sabía si era

FÁBRICA HIGINIO CASCÓN

C/ Colón, 16-12

miedo, cansancio o una vaga esperanza de que algo, cualquier cosa, cambiara y volviera su hermana de entre las frías aguas del río.

Dentro, las máquinas aguardaban inmóviles, como si escucharan. Cuando encendieron el generador, un zumbido profundo recorrió la nave y el aire se llenó de un olor tibio a aceite y lana húmeda. Leandro se colocó en su puesto. A su lado trabajaba Julián, un hombre de bigote fino y mirada amable, que siempre saludaba con un gesto breve, casi tímido.

—Hoy vienen los de administración —dijo él, sin apartar la vista del telar—. Dicen que habrá una investigación.

Leandro no respondió. Observó cómo los hilos se tensaban y aflojaban, cómo la máquina reproducía su respiración. Pensó en su madre, que esperaba en casa con la radio encendida y una taza de café recalentado. Pensó en el alquiler atrasado. Pensó en que, si le despedían, nadie en el pueblo se sorprendería.

A media mañana, el director cruzó la nave acompañado de dos hombres trajeados. Caminaban despacio, como quien inspecciona a un animal enfermo. Los obreros bajaron la mirada, pero Leandro, sin saber por qué, los siguió con los ojos, retador. El director se detuvo un instante, quizá sintiendo aquella mirada y esbozó algo parecido a un reconocimiento de su dolor.

El día transcurrió sin anuncios. Al sonar la sirena de salida, los obreros abandonaron la fábrica con el mismo silencio con que habían llegado. Leandro salió el último. Fuera, don Eusebio, su padre, encendía un cigarrillo.

—Mañana será igual—, dijo él, sin mirarle. —Nada se puede hacer—.

Leandro asintió. Pero mientras caminaba hacia la calle, sintió un roce tibio que le obligó a detenerse. Algo más adelante, unos hombres se estrechaban la mano mientras prometían encontrar al culpable. Aquello le reconfortó; sintió que por fin algo podría cambiar y su hermana no había muerto en vano. Aunque fuera apenas un hilo, delgado y frágil, aquella promesa venía del propio director de la fábrica. Sintió que algo muy parecido a la esperanza tiraba de él hacia adelante.

ISABEL DE LA CRUZ



DEPORTES DIANA

C/Libertad, 13

La casa del hojalatero y de Deportes Diana

Estamos ante un edificio construido hacia 1920. Pero sabemos cómo era la construcción anterior, propiedad de Gerardo Martín Angoso: estaba compuesta por planta baja, donde probablemente ya tenía instalado el taller de hojalatería Jesús Hernández, y la vivienda principal, como la mayoría de las restantes edificaciones entonces de aspecto modesto.

Como estaba situado en el ensanche del Béjar del siglo XIX, fue adquirido por Petra Lucio Campo, esposa de Jesús Hernández Manuel, quienes construirían de obra nueva el edificio. En esta época se daba en la ciudad cierta proliferación de obras arquitectónicas de gusto ecléctico (recuérdese la casa de Benito Guitart Trulls en el número 4 de la calle Sánchez Ocaña, con la que guarda ciertas semejanzas). La vistosa fachada sur obvia en este caso las soluciones de grandes galerías y ventanales, tan típicas de muchas casas bejaranas, utilizando elementos de inspiración clásica más decorativos que estructurales. En el piso bajo llama la atención la puerta de madera con meritoria decoración de cierto regusto modernista, que de modo más sencillo se repetía en las otras dos puertas, las del establecimiento comercial que fue en origen hojalatería de Jesús Hernández Manuel, hoy sustituidas por una entrada y escaparate acristalados. En los dos pisos superiores destacan sendos balcones con fina rejería de hierro presidida por medallones con bustos de aire caballeresco los inferiores y probablemente personalizados los superiores.

Los vanos del primer piso se rematan con frontones curvos y los del segundo con frontones triangulares para evidenciar la factura neoclásica del conjunto. Más recargado y atrevido es el diseño de las ménsulas y de los casetones bajo la cornisa, con formas estrelladas menos sencillas que los de alguna otra fachada bejarana de la misma época.

JUAN ANTONIO FRÍAS CORSINO

El edificio que ahora contemplamos fue mandado construir por el empresario Jesús Hernández Manuel, allá por 1920. Gran dibujante y escultor, compañero y amigo de Mateo Hernández, Jesús escoge y personaliza en su casa de la calle Libertad, número trece, elementos arquitectónicos de diferentes estilos y épocas. Los balcones de fina rejería de hierro llevan la huella del artista en los medallones con bustos personalizados, y si miras hacia arriba el artesonado de su cornisa te devuelve un cielo estrellado.

En el bajo del inmueble se encontraba la hojalatería, plomería de Jesús Hernández Manuel, quien, y según reza *La Victoria* de fecha 20 de junio de 1931, acompañó a los directivos de la Sociedad Alpina de Béjar hasta lo alto de La Cardosa, con la idea de construir un refugio a 2200 metros de altitud para que sirviera de base a los deportistas de invierno y a los excursionistas durante el verano.

Unos cincuenta años después de que apareciera esta noticia se establecería, en 1980, en este local, la primera casa especializada en artículos deportivos de Béjar, Deportes Diana, cuyos propietarios, Ángel Frías y María Corsino fueron también precursores de la apertura de La Covatilla, en 1977.

En la actualidad y en el mismo lugar la historia de Béjar se guarda, capa sobre capa, coleccionada por su hijo, Juan Antonio Frías Corsino.

MERCEDES RIBA



PERFUMERÍA HERRERO

C/ Mayor de Sánchez Ocaña, 33

En la Droguería Herrero olía bien

En los sesenta del siglo XX Valdesangil se motorizó. Antes que los coches llegaron las motos. Casi todos los matrimonios jóvenes las tenían, algunos incluso con sidecar, lo cual constituía una pintoresca imagen sobre lo que voy a contar a continuación. Cada sábado por la mañana la carretera a Béjar cobraba una vida singular con los matrimonios viajando a comprar para la semana. Todavía no había autobús urbano, luego lo hubo, pero las motos siguieron.

El marido con el casco correspondiente pilotaba la moto. Le acompañaba su mujer en el asiento de atrás, sentada de lado o en el sidecar, con el pelo cardado y un pañuelo atado a la cabeza para que no se le estropeara con el viento. Era el día de la compra semanal. A veces los niños íbamos también.

De esos viajes recuerdo bien dos cosas: los tebeos que me compraban mis padres en un quiosco que había a los pies de la torre de San Gil y la visita a la Droguería Herrero en la calle Mayor, por entonces poblada de comercios de principio a fin. Daba gusto transitarla, sobre todo a los amigos de los escaparates, que solían ser las mujeres. Mientras mi madre compraba en el economato que había en la trasera de San Juan, iba con mi padre al quiosco de San Gil y de vuelta, ya con el preciado tebeo en la mano, recogíamos a mi madre y entrábamos en la Droguería Herrero, que era también perfumería. La tengo bien en la memoria, o eso creo, porque a veces el tiempo me deforma un tanto los recuerdos ya lejanos. ¿Había que bajar un pequeño peldaño para entrar? Creo que sí y, de frente, estaba el mostrador. Nada más entrar te penetraba un olor muy agradable que siempre era el mismo. Yo era un niño entonces, pero sabía distinguir este tipo de satisfacciones sutiles simplemente por un olor agradable. Y detrás del mostrador estaba el Sr. Herrero, el dueño, un hombre de cara cuadrada y gafas, que seguro que era joven, pero a mí me parecía un señor mayor. Tengo, también, la imagen de una mujer que debía ser su esposa, que despachaba con él. Los sábados había mucho ajetreo a comprar en esta droguería, pero la espera no se me hacía pesada por lo bien que olía.

Tiempo después me llegó la adolescencia con todo su peso. Ya no vivía en Valdesangil, pero frecuentaba la Droguería Herrero porque allí compraba a granel un sucedáneo de Aqua di Selva, que por mi cumpleaños a veces era el frasco verde original. Hay cosas y sitios que nunca se olvidan...

JOSÉ FRANCISCO FABIÁN GARCÍA

Esta añorada droguería-perfumería estaba situada en la calle Mayor de Sánchez Ocaña, número 33 y estaba regentada por los hermanos Leandro y Manuel Herrero Sánchez y la esposa de Leandro, Dora Cela, como trabajadores José, Pedro, Pepe Pérez y Lorenzo Castro. Muchos años antes, el señor Pedro, el padre de Leandro y Manuel, inició este negocio de droguería y perfumería en la calle Mayor de Pardiñas, frente al Bar Español, que posteriormente cerró y se mudó al nuevo emplazamiento

El negocio se abrió al público a mediados del siglo pasado. Después de unos años en alquiler, Leandro Herrero terminó comprando este edificio, que contaba con un local a ras de la calle, con un pequeño escalón de bajada, donde se instaló la tienda droguería-perfumería. Detrás había un pequeño habitáculo que se utilizaba como almacén de los productos más solicitados, al igual que el primer piso y el desván. Hay que tener en cuenta que en aquella época se compraban artículos a granel envasados en grandes fardos (como los sacos de sosa cáustica que pesaban 50 kg) o productos que eran vendidos en pequeñas cantidades.

Leandro era un poco químico o alquimista, y preparaba con gran éxito una loción capilar para la caída del cabello o pinturas a granel para muebles, hechas con aceite de linaza o barniz Copal blanco Nevil, con lo cual conseguía el color que pedía el cliente. También se vendían preparados de sulfitos para conservar el vino, colonias a granel, y un endurecedor de uñas, que consistía en echar unas gotas en los esmaltes, muy solicitado por las señoras. Estos artículos eran comprados en grandes cantidades por clientes alemanes. Como es lógico, se vendían toda clase de artículos de perfumería y droguería.

Este emblemático negocio cerró sus puertas hacia 2005-2006.

FRANCISCO TEJEDA BLÁZQUEZ



La firma ANROS Droguería y Perfumería nació en 1965 impulsada por la iniciativa del padre de Ángela Rosado. El establecimiento abrió sus puertas en el barrio de San Juan junto al Economato textil. El nombre comercial ANROS surgió de la unión de las primeras sílabas del nombre y apellido de AN (de Ángela) ROS (de Rosado), moderno y fácil de recordar. El diseño interior y exterior del negocio fue elaborado por los hermanos de Ángela, quienes concibieron un espacio funcional y atractivo. Destacaba su gran escaparate, donde se presentaban novedades, productos de temporada e innovaciones del sector.

Desde los inicios, y como parte esencial de la estrategia empresarial, se incorporó al equipo Buenaventura Clop Gallego, llamado a asumir la dirección del establecimiento y a convertirse en una figura clave en la consolidación de ANROS como comercio de referencia. Tras los mostradores trabajaba Antonia Coca González, entonces su novia y después su esposa, Asunción, la madre de Ventura, y varios dependientes encargados de despachar una amplia variedad de suministros. En la trastienda se realizaban elaboraciones propias, una práctica habitual en la época debido a la limitada oferta industrial disponible. Pinturas y perfumes se preparaban a partir de graneles industriales que llegaban a la ciudad a través de la estación de Renfe, lo que otorgaba al establecimiento un carácter semiartesanal muy valorado por la clientela.

ANROS destacó por la temprana incorporación de marcas de prestigio en el ámbito de la cosmética, como Myrurgia, Gal, Pareira, Helena Rubinstein, Elizabeth Arden o Doctor Payot, lo que situó al comercio en un nivel de modernidad poco habitual en las pequeñas ciudades de la época. Paralelamente, el establecimiento amplió su oferta con artículos de regalo, incorporando firmas de renombre como las cerámicas de Lladró y Nao, así como productos de piel de la casa Hls, entre otras marcas.

Con el paso del tiempo, y fruto del crecimiento sostenido del negocio, ANROS abrió un segundo establecimiento en la calle Ma-

yor de Bézár, en el número 51 de la calle Sánchez Ocaña, donde continúa actualmente su actividad. El establecimiento era muy diferente al actual. En la parte posterior del local se encontraba el taller de reparación de radios de Leonardo Martín, que fue incorporado como trastienda. A la derecha del portal trabajaba un afilador que después se convirtió en la zapatería Mendoza, mientras que en el espacio que hoy ocupa la entrada principal del establecimiento se situaba un zapatero dedicado a la reparación de calzado. Esta diversidad de oficios refleja la variedad comercial de la calle Mayor en aquellos años donde pequeños talleres y comercios convivían en estrecha proximidad.

En 1995 se llevó a cabo una gran remodelación, unificando todos los locales en un único espacio comercial. Esta reforma y otra más posterior, definió la configuración que ha perdurado hasta nuestros días, consolidando la presencia de ANROS en el corazón de Bézár.

Desde 2008, la dirección del establecimiento pasó a manos de Susana Clop Coca, hija de Buenaventura y Antonia, quien ha continuado la trayectoria familiar manteniendo los valores fundacionales del negocio ofreciendo desde los nuevos lanzamientos y novedades del mercado a los productos de toda la vida.

SUSANA CLOP COCA

JAVIER CLOP COCA

ANROS familiar

—Al centro, más al centro, que si no no se va a ver bien.

La señora Asun ayudaba a su hijo Buenaventura para terminar de poner el belén navideño en el escaparate de ANROS.

—Echa un poquito más de arena ahí, donde esos niños jugando, y coloca un poco mejor al ángel en el pesebre. Y no te olvides del hombre de musgo como el año pasado.

Cuando todo quedó listo, fueron juntos a la pared de enfrente y con una amplia sonrisa contemplaron el escaparate de la droguería.

—Mira, hijo, ¡qué bonito te ha quedado! Cada año te superas...

PERFUMERÍA ANROS

C/ Mayor de Sánchez Ocaña, 51

Entre perfumes, geles, monederos, brochas y botes de pintura de muchos colores se representaba esa tradición navideña que en Bézár nos gusta tanto.

—Seguro que va a llamar la atención de todos los que pasen por la calle Mayor.

Ventura, como le llamaban todos en el barrio, se abrazó a su madre y con un dulce beso en la mejilla la acompañó a sentarse junto a la estufa. Asun cogió el Bézár en Madrid de esa semana y comenzó a leer las noticias pensando también en qué iba a preparar como menú de Navidad ese año y qué rico postre haría para todos.

En el mostrador se arrejuntaban varios clientes esperando para hacer sus compras mientras las estrellas ya lucían en el cielo bejarano.

—Quiero que sea algo especial, ¿sabe? Es un regalo para mi madre.

—No se preocupe, seguro que quedará encantada con esta cesta de productos para el baño.

—Susana, anda, hija, envuelve este regalo a la señora, y ponle la pegatina de “Espero que te guste”.

—Javier, acuérdate de preparar este pedido cuanto antes.

Aunque el frío arreciaba bastante, Ventura no dejaba de transmitir su afectuoso calor en forma de sonrisa y de un ¡Gracias! que, aunque él no lo sabía, seguro que lo iba a repetir muchas, muchas veces durante las próximas semanas... y en los años venideros.

Llegada la hora, Ventura y su mujer Toñi cerraban ANROS con una vetusta llave saliendo por la gran puerta de madera del portal de al lado. Todo quedó en silencio esperando un día nuevo.

IVÁN PARRO FERNÁNDEZ



El primer edificio de la Escuela Industrial de Béjar

La Escuela Industrial de Béjar fue fundada en 1852, dando respuesta a la necesidad de disponer de un establecimiento docente que formara técnicos para la entonces floreciente industria textil bejarana. Su primera ubicación estuvo en la calle Mansilla, detrás de la iglesia de San Juan. A la derecha hacía esquina con la calleja del Balazo, antes calleja de Domingo Guijo, antes aún de Santo Domingo y primeramente del Santísimo, que todos estos nombres tuvo. Ello no impidió que se la conociera por «calleja del Churriviri», por una conocida churrería que allí hubo.

Es muy probable que, cuando se puso en marcha el establecimiento docente, se buscara un edificio ya construido y céntrico, eligiendo esta casona urbana de tres pisos y balcón corrido en la planta superior. Sobresaliendo del tejado se observa una buhardilla que da al edificio un aire decimonónico. La fachada transmite austeridad, no hay ornamentos superfluos. Da la impresión de que los recursos con que se contaba en el momento de la fundación eran pocos. De hecho, en el siglo XIX muchas Escuelas técnicas se instalaban en casas grandes, en antiguos conventos o en edificios administrativos reutilizados, antes de construirse sedes específicas. Y algo parecido le sucedió a la de Béjar, pues hasta 1948 no dispuso de un edificio propio.

La casa es modesta pero funcional, adaptada para el trabajo de profesores y alumnos, que no serían muchos al principio. Probablemente las aulas estarían en los pisos superiores y los talleres en la planta baja, que es abierta a la calle, por lo que tendría un uso comercial previo. Y lo volvería a tener en la segunda mitad del siglo XX, en que alojó una conocida frutería.

Impresiona saber que fue ahí donde impartió clases de matemáticas su primer director, el eminente filósofo D. Nicomedes Martín Mateos, figura intelectual polifacética e imprescindible para explicar el florecimiento cultural de la ciudad de Béjar durante el siglo XIX. Hay que decir que la Escuela permaneció en este inmueble hasta su traslado a la antigua iglesia de San Gil, en 1880. Después lo ocupó el colegio de monjas de las Amantes o Hijas de María Madre de la Iglesia y luego se destinó a viviendas particulares y el comercio inferior. Actualmente se conserva, pero con dos plantas más.

En 2002 el Ayuntamiento de Béjar, con motivo de la celebración del sesquicentenario del centro docente, colocó una placa que recordaba el año en que

ESCUELA, AMANTES, FRUTERÍA

Atrio de San Juan, II

se inauguró, 1852, y la fecha hasta la que permaneció en ese edificio, 1880. Fue un acto emotivo en el que participaron el alcalde, Alejo Riñones, el director de la Escuela, Félix Redondo, y la vicerrectora de Asistencia al Universitario de la Universidad de Salamanca, M.ª Josefa Hidalgo, además de varios concejales y profesores de la Escuela. Pero fue en esta modesta casona donde comenzó a andar un centro docente que el año que viene, 2027, cumplirá 175 años y del que los bejaranos nos sentimos orgullosos.

JAVIER R. SÁNCHEZ MARTÍN

Clara

Matilde Expósito, bautizada así en honor a la fundadora de Las Amantes de Jesús, siempre había cumplido con sus deberes espirituales. Creció como huérfana entre las paredes del edificio bejarano, anhelando las vidas de las familias adineradas de la industria textil y paseaban con opulencia por el centro de la ciudad. Fuera de aquellos muros descascarillados y lejos del olor avinagrado cuando cumplía con las tareas de limpieza, Matilde soñaba con las verdades de la humanidad. En su vida adulta había mudado su naturaleza inquisitiva, inhibida durante su educación, y se había convertido en una devota a las niñas huérfanas, y en especial a Clara, en quien veía reflejada su propia infancia. Al cumplir los doce años Clara cayó enferma de tuberculosis, revelando un rictus en el que apenas se podía ya reconocer el vigor de aquella niña enjuta y de ojos hambrientos de conocimiento. En las noches febriles, cuando Matilde presionaba un paño mojado contra su frente liberando una escorrentía por su rostro, Clara insistía en que no había Cielo ni Infierno, y que el más allá no era sino el origen de todo; aseguraba que flotaba ingravida e incorpórea en el infinito universo, y que un intenso vértigo se apoderaba de ella. Clara se apagó después de recibir la extremaunción, y en sus últimos momentos su cuerpo adoptó una posición inusual. La rigidez muscular se desvaneció, sus párpados cayeron suavemente dulcificando su semblante, y se encogió sobre sí misma en posición fetal. Matilde pasó la noche orando por su alma. Esa misma madrugada alguien golpeó la puerta con insistencia, y una niña recién nacida se descubrió ante los ojos de la religiosa.

SILVIA DORADO



Aquella bola de cristal rojo invitaba a enfrascarse en aventuras porque, según decían, contenía *Sangre de Dragón*. Incluso pensábamos que guardaba relación con el hecho de que, al tocar la pared y la barandilla verde que estaba justo frente a la fachada, se sintiera una sutil descarga eléctrica. Aquella sensación, sin embargo, solo sería el traicionero legado de una vieja instalación eléctrica. La barandilla no solo custodiaba la salida de la farmacia, sino que delimitaba un estrecho paso para los peatones salvaguardándolos de los coches mal aparcados.

El nombre original de Botica del Sol nació de una placa con forma de astro rey que coronaba su primer balcón, haciendo que todos conocieran este rincón como la Puerta del Sol. Aunque el tiempo pasa, la tradición sigue viva: si te fijas en la fachada de granito de la casa a la izquierda de la farmacia, ¡descubrirás que otro sol sigue custodiando la calle!

La historia de la farmacia se remonta a 1829, cuando el hervasense Crisantos Comendador abrió sus puertas. En 1852, la dirección pasó a manos de su hijo, Primo Comendador Téllez y de éste a su sobrino Enrique Brochín Comendador, y posteriormente a su sobrino segundo, José Agero Teixidor. Finalmente, el legado llegó a su hija María Florencia Agero Fernández. Está regentada por Salvador González desde 2014.

El botamen parecía sestar en las estanterías. En la rebotica reposaban los espléndidos albarelos, pacientes a la espera de que unas manos expertas les dieran vida para elaborar fórmulas magistrales. Y, presidiendo todo ese universo desde el centro, el *ojo de boticario*. Entre sus paredes, José Agero Teixidor gestó el gran invento de la farmacopea bejarana con un procedimiento para la obtención de la lanolina (lana + óleum + ina (sufijo químico). ¿Quién diría que un componente de la alta cosmética de París nacería de las aguas del río Cuerpo de Hombre después de pasar por las fábricas textiles de Béjar? El resultado era un ingrediente tan puro y codiciado que acabó exportándose a los laboratorios de belleza más exclusivos de la capital francesa. La producción se realizaba aprovechando las aguas sucias procedentes del lavado de las lanas en las industrias textiles. Después de un proceso de depuración, se obtenía la lanolina, que es la cera natural que segregan las glándulas sebáceas de las ovejas.

Aunque la factoría no se encontraba en la botica, sino en la calle Colón —frente al colegio de las Amantes de Jesús—, pronto fue blanco del espionaje industrial. Algunos competidores intentaron

apoderarse del método de producción llegando a sobornar a los trabajadores. Sin embargo, los operarios desconocían el compuesto que hacía reaccionar las aguas, ya que Agero lo añadía en secreto, a solas y al amparo de la noche.

Al final, se negaron a vender las aguas resultantes del lavado de las lanas. Su objetivo era evitar que nadie se beneficiase de algo que consideraban de su propiedad, aunque prefiriesen verterlas al río sin obtener ningún beneficio. Esta decisión frenó el desarrollo del producto y obligó a traer las aguas desde Tarrasa y los nuevos costes de transporte hicieron que la fabricación y venta dejaran de ser rentables, provocando el cierre de esta actividad. Con ello se truncó una importante contribución al desarrollo económico, impidiendo que otras industrias relacionadas con la cosmética pudieran asentarse en la ciudad.

ANTONIO SÁNCHEZ SÁNCHEZ

He hecho dos amigos nuevos. Los veo siempre que voy a buscar recetas a la Botica de la Bola. Llevan tanto tiempo en el banco de la plaza del Teatro, —en pie uno, sentado el otro— que un día ya no pude por menos de acercarme y preguntarles. Buscaban remedio para las llagas del más alto, hidalgo cincuentón, enjuto de rostro y recio. Esto me lo relató el otro, un labrador vecino del primero, hombre de bien sin duda, algo corto de sal en la mollera, eso sí.

Resulta que, a fuerza de recorrer caminos a lomos de su jamelgo, se le habían rozado los entremuslos. Hasta hace no demasiado, echaba mano de un salutísimo ungüento que todo se lo curaba. Estaba elaborado a base de aceite, vino, sal y romero. Bálsamo de Fierabrás lo llamaba. No me lo echaría yo al buche, si he de ser sincera. Gasta fama de purgante. Tampoco a este caballero le funcionó muy allá para sanarle los roces. Hasta se le infectaron. Es lo que tiene la inmortalidad literaria, que le hace a uno trascender el tiempo y perdurar en las ideas, pero no trae pareja una salud de hierro. Duelen las rodillas, duelen las ancas... y duelen hasta las posaderas.

Como soy de fácil enternecer, me conmovieron sus cuitas. Me ofrecí a acompañarlos hasta la botica, que queda justo a la vuelta de la esquina, entre la calle Capa y Mayor de Pardiñas. Allí podrían proporcionarles toda clase de emplastos, pócimas y estomáticos, pero nada más llegar a la entrada, se empeñó el

BOTICA DE LA BOLA

C/ Mayor de Pardiñas, 59

caballero en que la bola que lucía en el escaparate contenía la sangre de un dragón. ¡Aquello era una hechicería!

—No es más que agua mezclada con polvo de un árbol canario —le expliqué con diligencia, no siendo que le diera al hombre por emprenderla a lanzadas con las farolas, creyéndolas reptiles fabulosos.

El hidalgo meneó un poco la cabeza, al punto de que le bailó la bacía que llevaba a modo de sombrero, pero se dio por conforme. Menos mal. Entramos los tres en la botica y, luego de relatarle al amable mancebo qué era lo que le acontecía, se llevaron una pomada estupenda a base de lanolina. Dicen que es mano de santo para la piel seca y las rozaduras. Tan contento quedó el caballero con el resultado que ahora se siente en deuda conmigo y siempre que paso por delante del banco me saluda agradecido. Se lleva la mano al reborde de la bacieta e inclina la testuz con finura. El labrador, por su parte, meneó la mano y sonríe tan contento.

«No hay dragones», me repetía a mí misma. «No es posible. Serán lagartijas carpetanas a lo sumo». Pero a mí me zumbaba una mosca detrás de la oreja y para espantarla me dio una noche por asomarme al escaparate de la botica. Me quedé mirando fijamente a la bola de cristal, que brillaba colorada a la luz de una farola. No vi nada de primeras, porque no poseo el don de la clarividencia. Luego, después de un rato, cuando estaba ya a punto de desistir, me pareció distinguir un movimiento en el fondo, como un aleteo en el agua. Arrimé la nariz y observé con atención. Juraría que vi una figurita estilizada, como de un dragón alado con escamas, cuatro patas y una cola larga y fornida. Dio dos vueltas a la bola, soltó un hilillo de humo por la boca y se desvaneció como si tal cosa.

Fijo que lo imaginé. Al caballero huesudo y a su acompañante preferí no contarles nada, no siendo que me tomasen por loca o, peor aún, me creyeran y fueran a tomarlos por locos a ellos. Ustedes crean lo que opinen conveniente. Si, como a mí, les zumba una mosca detrás de la oreja, acérquense a la Botica de la Bola y echen un ojo al escaparate, a ver si divisan dragones. Y, de paso, denles los buenos días a mis dos amigos, los que aguardan sentados delante del teatro. Si lo hacen con buen talante, seguro que les devolverán el saludo.

BEATRIZ ALCANÁ



CALZADOS SÁNCHEZ

C/ Mayor de Sánchez Ocaña, 8

La calle en que se encontraba este establecimiento rinde homenaje al bejarano José Sánchez-Ocaña López de Montiveros (1798–1887), un destacado político y hacendista español. Curiosamente, este tramo de la calle Mayor también es conocido como la plaza del caño Comendador. Allí, junto a la fuente, dos acacias flanqueaban las puertas del Banco de Béjar como si fueran dos atentos centinelas; a ciertas horas del día, sus ramas daban una agradecida sombra a un kiosco de helados de madera verde. De aquí parte la calle del Solano hacia San Juan, bifurcándose ambas vías justo donde se encuentra una pintoresca barandilla de piedra artificial coronada por unas bolas.

En el número 8, el lugar que hoy nos ocupa, se ubicaba antiguamente el comercio de Ultramarinos Finos Ángel Mañillo, un negocio rebautizado con sorna por otros ángeles maliciosos del pueblo como «El producto de mi suegra».

A partir de 1957, el establecimiento cambió de rumbo por completo y reabrió sus puertas de ornamentada madera como Calzados Sánchez, un negocio familiar dedicado en exclusiva a la venta de zapatos.

De allí salían los chiquillos radiantes «como niños con zapatos nuevos», pero, a decir verdad, más que por estrenar calzado, lo que les hacía verdaderamente felices era salir botando aquella verde pelota de Calzados Gorila que les entregaba Antonio, el dueño del local, que siempre los atendía impecablemente trajeado.

El día en que el propietario cerró la puerta sin saber que era la última vez, se despidió de la vida sin enterarse. Al día siguiente talaron las dos acacias; caprichos o ironías de ese destino que nos depara la vida.

ANTONIO SÁNCHEZ SÁNCHEZ

La pelota verde

Como cualquier otro miércoles, Pedro salió de casa a la misma hora de todas las tardes, fuese invierno o verano. Siempre les gustó caminar un buen rato antes de ver el arranque del atardecer en la muralla, aunque la calle Mayor se elongara, cada día, un poco más. Antes eran Pedro y Rosi, una tarde tras otra, por ese pavimento, durante más de media vida. Solían saludar, a menudo, a algún cono-

cido: a Luis, tío abuelo de Rosi, a las del chinchón, al tendero que los vio crecer y enamorarse... ellos eran de los habituales. También lo eran Voltaire, Diderot, Rousseau o Azaña quienes reclamaban su turno en las conversaciones de aquella pareja de idealistas hambrientos por vivir otros tiempos. El eco de aquellos años fue ensordeciéndose hasta apenas distinguirse los pasos de Pedro y su bastón en una marcha automática y triste.

Esa tarde, Pedro se tomó un descanso junto a la fuente del Caño del Comendador. A los pies de uno de los bancos de piedra que quedaban en la calle había una pelota de goma verde, con la silueta de un gorila. Levantó la vista y ahí estaba la tienda que un día fue Calzados Sánchez donde regalaban esas pelotas por la compra de unos zapatos de goma "vulbatemcuero" que tanta gracia le hacían a Rosi. "Un día le compraremos esos zapatitos..." De repente, la puerta de aquel abandonado local se entreabrió y salió un niño. Llevaba un paquete arrugado en la mano, envuelto en papel estraza. Se quedó paralizado por un instante y luego echó a correr. Pedro que pensó que la pelota sería suya, se levantó del banco con sus 83 años y 36 días y le gritó: "¡Niño! ¡Niño, la pelota!"

El niño siguió avanzando con su despreocupado trotecillo sin atender a quien le llamaba. Pedro trató de alcanzar a aquel niño etéreo que parecía flotar sobre el empedrado, pero lo perdió de vista. El sol, cada vez más bajo, le recordó en el rostro su camino hacia la muralla. Allí, en la almena de siempre, con la pelota en un bolsillo de la camisa, recobró el aliento contemplando los maravillosos colores del ocaso. A unos metros, sobre la aterciopelada hierba, el muchacho abría el paquete ajeno al viejo que, cuando lo vio, bajó cuidadoso las escaleras y se acercó. "Toma, esto debe ser tuyo" le dijo mientras se fijaba en sus pies descalzos. El niño se volvió sonriente hacia él, alcanzó la pelota y desapareció con sus zapatitos nuevos.

Pedro no recordaba cuánto tiempo había pasado. "Esos zapatitos podrían haber sido suyos..." Estaba anocheciendo. Sobre la hierba solo quedaba una nota:

"Nacer, vivir y morir es cambiar de formas"

Denis Diderot

CAROLINA G. DE LA CRUZ



BANCO DE BÉJAR

C/ Mayor de Sánchez Ocaña, 12

Debido al crecimiento de la industria y a las nuevas necesidades. Comienzan a mediados del siglo XX a surgir entidades bancarias y de crédito para dar respuesta a las necesidades de los bejaranos. Y muy importante, las bejaranas. Es aquí, en Béjar. Donde por primera vez y sin permiso de sus maridos, las mujeres adquieren el derecho de tener una cuenta de ahorros propia. Entre estas entidades se encuentra el "Banco de Béjar", que posteriormente pasaría a formar parte del "Banco del Oeste".

En 1970, se levanta el edificio que tenemos ante nosotros. Construido en un estilo neoclásico, muy propio de la época, y que guarda parecidos con otros edificio de características similares en nuestro pueblo. Como puede ser la escuela de maestría. Edificada 30 años antes.

Del edificio original conservamos, en su fachada hacia la calle mayor, las dos plantas superiores. La planta baja, hoy desaparecida por las reformas, se caracterizaba por la existencia de dos pilastras en sus dos laterales, que servían de acceso a esta entidad bancaria y que acompañaban al trabajo de cantería que podemos observar en los balcones y el escudo que corona la edificación

A lo largo de toda la Calle Mayor, podemos encontrar una serie de edificios de diferentes estilos que pretendían mostrar al pueblo el poder de la clase dominante a través de la arquitectura. Y es que, aún en nuestros días, este arte es utilizado desde distintos estamentos para trasladar ideas del tipo de negocio, o del tipo de habitante, dueño del inmueble.

CARLOS GARCÍA MARTÍN



Llevaba el pelo peinado con esmero, aplastado por un peine húmedo, y los zapatos me rozaban los talones a cada paso. Tenía quince años, las manos limpias y una chaqueta, heredada de mi hermano mayor, que me bailaba en las mangas. En el bolsillo guardaba, doblada con cuidado, la recomendación que me había conseguido el puesto.

El banco olía a madera encerada, a tinta y a ese silencio espeso donde el dinero se guarda como un secreto. Me miraba en el reflejo opaco del mármol y no me reconocía. Rellenaba los tinteros de cristal con ese azul oscuro que manchaba los dedos y no se iba en días. Giraba, sin descanso, la manivela del sacapuntas. «Que queden finas, como agujas», me decían. Me llamaban «muchacho», «el chico» o «el botones», antes de preguntar mi nombre. Y yo acudía ligero, sin hacer ruido, y cumplía órdenes.

La primera vez que la vi al abrirse, con un quejido grave, me quedé clavado, como si hubiera presenciado un misterio. Aquella caja fuerte, con su puerta de hierro y sus ruedas de combinación, me pareció una fortaleza. No era solo dinero lo que guardaba. En aquellos compartimentos dormían historias de vida, ahorros de años, promesas de amor escondidas en cuentas y sobres cerrados. Cada fajo de billetes me parecía ligado a alguien, a una ilusión, a un sacrificio silencioso. Y sentí una ternura, como si aquella caja fuerte custodiara, en secreto, un pedazo de todas las vidas que pasaban por el banco.

TOMÁS GARCÍA MERINO



BALTASAR ROMERO

C/ Mayor de Pardiñas, 44

La hora bruja en Baltasar Romero

Me gusta la hora bruja. Da igual que sean las doce del mediodía o de la noche porque, en ese momento, suceden hechos extraños carentes de lógica y de explicación: sobre todo cuando sopla el viento del norte y el reloj de San Gil da las campanadas. Acompasado por su sonido, el aire misterioso me impulsa con suavidad y, en el ir y venir, descubro entre la tela de mis pliegues imágenes del pasado, ocultas para los ojos humanos.

A mediodía, se oye con claridad el sonido de los cascos de la mula sobre los adoquines; anuncia la llegada de la señora Andrea, la de Sorihuela, o quizá sea la señora Cristina, dos tenderas que compran al por mayor los productos que luego revenden en la comarca. Tal vez escogerán las piezas de lino y algodón que se usan en la confección de los ajuares. Y además se lleven en las alforjas la seda del vestido de la novia y el tul que adornará su tocado o, incluso, el tafetán o el crepé del traje de la madrina.

Si la festividad del Corpus se acerca, será el viento del oeste el que traerá a las mamás; vienen a elegir los trajes de comunión de sus hijos, sin olvidar camisas y corbatas para padres y abuelos. Seguro que les encantará la nueva viscosa de primavera que acabamos de recibir; lucirá impecable en el nuevo vestido.

Cuando la tienda cierra, el viento cesa y los pliegues de mi tela languidecen. Por suerte, doña María Luisa me ha colocado en el escaparate, ya que soy la novedad que ofertan, y podré observar el disco iluminado del reloj de San Gil, a la espera de que sean las doce de la noche. Ya con la primera campanada, la escalera del museo que tenemos enfrente sucumbirá a la magia y *La bañista* de Mateo Hernández se sumergirá en los escalones que el hechizo ha convertido en alberca, mientras la foca que la acompaña aplaude con entusiasmo.

Debo aprovechar el instante, porque hoy Víctor hablaba con Nicolás y me he enterado de que, dada mi prestancia y calidad, me han elegido para cubrir los ventanales del nuevo hotel de la Covatilla. A lo mejor allí también hay un reloj y veré caer la nieve coronando la cima de la sierra, augurando para Bêjar y la tienda lo que afirma el viejo refrán: «Año de nieves, año de bienes».

AMALIA HOYA

El edificio original nos retrotrae al siglo XVII, cuando es propiedad del clérigo Juan Tostado allá por 1672. Un siglo más tarde, en 1754, fue adquirido por la fabricante de paños Antonia Hernández Agero, viuda de Manuel Sánchez Cerrudo. Suponemos que, como otras muchas edificaciones del entono, la construcción se componía de una planta baja usada como obrador y una planta principal que serviría de vivienda. Hacia 1870 pasaría a José Santé.

Tras sufrir un incendio fue reedificada con el resultado final visible hoy día. Con fachada de cantería elegantemente trazada, balconadas y disposición de amplios huecos acristalados hacia el norte, hacia la plaza, y con galerías en su fachada sur, hasta la trasera, como sucede en las casas burguesas del eje viario de la calle Mayor.

Momento álgidos de la industria textil acompañados de una demografía en alza marcarán el desarrollo comercial de la ciudad, apareciendo grandes comercios y modestos más abundantes. En este edificio se instalaría el comercio de pañería, lienzos y paquetería de Asenjo y Romero en 1876, un gran establecimiento en el Bêjar de su época, donde se exponían en sus escaparates llamativos productos. Los cambios societarios pasaron la propiedad a manos de Manuel Romero (Manolillo) y a Baltasar Romero, estando el negocio activo en la actualidad. En un momento dado reconvirtieron su oferta en ropa del hogar y decoración, dejando atrás la confección, pañería, lienzos, tramadillo, opal y percal, cutí, sargas y popelín, y conmemorando su 150 aniversario precisamente en este año 2026.

JUAN ANTONIO FRÍAS CORSINO



El derribo de la Puerta de Ávila a finales del verano de 1876 propició la reordenación urbana de su entorno inmediato. Desde el ayuntamiento se proyectó una nueva alineación de inmuebles y solares, con el fin de reorganizar las rasantes de las viviendas existentes y las de nueva construcción, y abrir una nueva plaza que mejorase el aspecto visual del principal acceso al casco urbano de la villa. En este contexto, los hermanos y fabricantes de paños José y Manuel Bruno Agero levantaron -en un solar de su propiedad- las dos casas contiguas que ahora nos ocupan, especialmente la de José Bruno Agero, que sabemos estaban terminadas en 1881.

Ambos inmuebles (los números 2 y 4 de la calle Mariano Zúñiga Rodríguez) son un ejemplo de la arquitectura burguesa decimonónica bejarana. Comparten una organización espacial y compositiva idéntica, aunque la vivienda de Manuel es proporcionalmente más grande al añadir un cuerpo extra en su costado occidental. Organizadas en tres pisos más otro de desván, delimitan y diferencian sus fachadas septentrionales a base de pilastras lisas de orden toscano. En cada piso, contando a ras de suelo, se abren cinco vanos de arcos escarzanos, siendo los vanos centrales los que marcan el eje de simetría compositivo de cada edificio. Aprovechando las impostas molduradas que delimitan los pisos horizontalmente, se despliegan unos bellísimos balcones volados que conservan aún su magnífica rejería original. Tampoco faltan las majestuosas galerías -o solanas- de arcos de medio punto en las fachadas meridionales mirando al monte bejarano. Signo de opulencia y poder económico es la utilización del granito a modo de sillares regulares de cantería perfectamente trabajados como principal material constructivo, estructural y decorativo.

No se sabe con exactitud en qué momento la vivienda de José Bruno Agero se dedicó al negocio hostelero, quizás desde su muerte en el verano de 1899. Conocida como "Fonda del Siglo", en julio de 1907 pasó a manos de Venancio Rodríguez quien arrendó el negocio que pasó a denominarse "Hotel España" o popularmente

"Fonda España". Las casi dos décadas que estuvo el hotel bajo la gestión de Venancio y sus descendientes directos vivió los momentos más notorios de su historia. A finales de 1908 el nuevo propietario abrió en su planta baja el café restaurante "*Maison Doré*", que pronto se convirtió en un importante centro social de la burguesía local adinerada. Desde este momento, en sus salones se celebraron banquetes nupciales que tuvieron su fiel reflejo en la prensa local de la época. La música, los bailes, las comedias y otras actuaciones en directo fueron protagonistas de celebradas veladas. En sus habitaciones se alojaron artistas que visitaron y vinieron a trabajar en los teatros, como la actriz Rosario Pino en agosto de 1915. Sus salones fueron utilizados por importantes casas comerciales que expusieron sus productos y novedades. Gobernadores civiles, altos mandos militares y personalidades se alojaron en sus habitaciones. No faltó lo más granado de la cultura nacional: Unamuno usó la fonda en cada visita que hizo a Béjar y Pío Baroja la immortalizó en su novela "*Cesar o Nada*", publicada en 1910. La infanta Isabel de Borbón, en las dos visitas que hizo a la ciudad en 1916 y 1929, pernoctó en la misma. En 1928 la sobrina de Venancio, Dionisia Rodríguez Grande, traspasó el negocio a Francisco Sánchez Hernández, que lo gestionó desde ese momento.

Durante los años 30 sus salones fueron escenario de importantes eventos: en 1931 se hicieron banquetes celebrando la proclamación de la II República Española, en junio de 1932 visitó la fonda el político republicano y presidente del Consejo de Ministros Alejandro Lerroux y en enero de 1936 se constituyó en sus salones el Partido de Izquierda Republicana de Béjar.

Durante la postguerra, con una clase media obrera estable fruto del auge de la industria textil, la Fonda España amplió su clientela. Los banquetes y celebraciones nupciales fueron su mejor carta de presentación hasta su declive y definitivo cierre en la década de los años 80 del siglo XX. Tras ello, recién estrenado el XXI, el inmueble sufrió una torpe intervención arquitectónica que modificó los volúmenes originales del edificio a pesar de haberse conservado las fachadas originales.

JUAN FÉLIX SÁNCHEZ SANCHO

FONDA ESPAÑA

C/ Zúñiga Rodríguez, 4

Carruajes tirados por caballerías y gentes pululando a su alrededor, algunas con sombrero y ese porte elegante de quienes disponen del privilegio de días de asueto vacacional en destino montañoso.

Se hallan ante el bejarano hotel o fonda España —iluminada la estampa por un sol vibrante—, un sólido edificio de sillares de piedra, acaso de granito, de tres alturas, más la planta baja, abuhardillada la última. Los balcones de hierro forjado y con adornos, en la primera y segunda, subrayan la solidez y la categoría del establecimiento.

Reparemos de nuevo en el tumulto humano. Lo humilde está presente. Un aguador (o lechero) tira del carrito con cuatro cántaras de hojalata. Dos niños contemplan la escena de la llegada o partida de tan distinguidos huéspedes, sin saber, en ese momento, que su visión se alojará, para todos, en las estancias de la memoria.

Pero otra imagen complementa a la primera. Advertimos en ella, ante el mismo edificio (del que ahora vemos solo sus plantas baja y primera), un nuevo grupo humano, ¿los sirvientes locales del establecimiento? Parecen lugareños, ocupados acaso en los menesteres del servicio. Los mandiles blancos de dos mujeres parecen delatar tal condición.

¿Y quiénes eran los privilegiados huéspedes? Uno de ellos fue "la Chata" (la princesa Isabel de Borbón), en sus visitas a Béjar en 1916 y en 1929.

Pese a la discusión —pues algunos lo ubican en Zamora—, esta fonda u hotel España parece hallarse plasmado en la novela barojiana *César o nada* (1910), de la trilogía de *Las ciudades*.

Así, pues, una fonda principesca y literaria en Béjar. ¿Quién da más? De ese tiempo, ya periclitado, de cuando ciertos lujos conservaban el aura inalcanzable para casi todos, iluminada por la irrealidad de todo aquello que no nos pertenece.

¿Y qué fue de esos menesterosos —de ese aguador, de esos cocheros, de esos niños, de esas mujeres con las mandiletas, de esos hombres con blusa...— que se quedaron fuera del festín?

JOSÉ LUIS PUERTO



CARAMELOS CELA

C/ Mayor de Pardiñas, 46

Cristal de Caramelo

El escaparate es un mosaico de celdas de cristal llenas de caramelos multicolores que nos salen al paso en esa calle tan rica. Rica porque crujen las patatas fritas de Fátima, porque huelen las especias de Mantequerías Paco, porque los ojos se ponen redondos mirando esa pared de caramelos Cella que ruedan desde la montaña. La que se ve cubierta de azúcar los días claros de Salamanca y que guarda la ciudad de Béjar que no solo hace abrigos y mantas, sino que nos endulza el paso de los niños de los sesenta con dos sílabas redondas envuelta en papel alegre: Cella.

Venían de los pueblos de Ávila al empezar el siglo, a la villa laboriosa, los que querían amasar el futuro con empeño, como Mariano Cella y Paula Martín. Los mismos que levantaron el edificio de la plaza de Don Nicomedes después de abrir el negocio de pastelería en 1911 "La Flor Suiza", como si en Béjar no hubiera nieve ni flores, que nada tenía que envidiar al país de los relojes. Esos que marcan el progreso en los años 20 porque hay que innovar, que falta hacer endulzar la vida, amasar hijos que no mueran de gripe y montar fábricas para hacer turrónes y mazapanes para navidad, peladillas que tire el padrino en el bautizo, almendras y pasteles para la Gloria bendita de los días. Y qué sueño de lugar encantado ese obrador donde trabajan las manos hacendosas, primorosas, la manga del pastelero y el punto justo de cocción, veinte operarios habilidosos con la masa de los días de fiesta.

Y pasan los años y en los cincuenta todo es progreso, cambio, propaganda con letras grandes y dibujo de señor que se alegra o se entristece cuando le damos la vuelta al caramelo. Ese lujo envuelto en papel vivo, fiesta de pastel, tarta de días señalados, navidad jubilosa, dulce para poner una sonrisa en el niño que tira de la mano del mayor "Cómprame algo". Y de la ciudad industriosa, bejarana, laboriosa, los caramelos que llegan en su rodar de cantos felices a la ciudad junto al río, a la tienda de la calle prodigiosa al abrigo de una Virgen Auxiliadora de fiesta de mayo y paso feliz frente al escaparate de cristal de caramelo, sin que sepamos que viene de una pastelería bejarana la alegría bendita de la pared colorida. Muro de nuestro gusto, azúcar de los trabajos y los días.

Este edificio situado en la plaza de Nicomedes Martín Mateos (filósofo, escritor y docente bejarano), hoy en día frente al museo del escultor también bejarano Mateo Hernández, fue construido a principios de los años 50 demoliendo uno anterior de una planta con bodega y desván y añadiendo un patio que daba a la calleja Ferrer.

Los inicios de la Pastelería CELLA se remontan a cuando Mariano Cella y Paula Martín vienen a vivir a Béjar, a la plaza Mayor 5, procedentes de Poyales del Hoyo y Cuevas del Valle (Ávila), abuelos fundadores que dieron fama al edificio antes citado. Mariano Cella montó sobre 1911 una pastelería-confitería en la Plaza Mayor, que posiblemente empezó con el nombre de "La Flor Suiza" y con el tiempo la trasladó a la calle Mayor de Pardiñas.

Mariano Cella y Paula Martín tuvieron ocho hijos de los que sobrevivieron cinco: Alfonso, Tranquilina, Juan Belén, Ser y Dora. Los otros tres, María Teresa, Efrén y Digna fallecieron por las gripes de aquellas épocas.

En los años 20, el negocio de pastelería continuó y añadió la fabricación de caramelos y grageas, que se fabricaban en un edificio que estaba donde está ahora el colegio de Ntra. Sra. Del Castañar, en la calle Colón. Posteriormente se trasladaron a la calle Olleros, donde la fabricación creció considerablemente. Se compró nueva maquinaria y se fabricaron turrónes, mazapanes, peladillas, almendras, pasteles de Gloria, etc. La fábrica llegó a dar trabajo a veinte trabajadores.

La pastelería Cella, de Mayor de Pardiñas coincidió con las abiertas en la Puerta de la Villa (que todavía está activa) y un almacén con tienda al público en Salamanca en la calle María Auxiliadora 7, sin pastelería, exclusivamente solo se vendían caramelos.

Supieron dar con el anagrama o razón social del negocio conocido nada más ver el envoltorio sin necesidad de leerlo: la cara de un hombre, el cual, según la posición del caramelo, estaba alegre o triste.

El negocio continuó activo gracias a los hijos durante más de 50 años.

FRANCISCO TEJEDA BLÁZQUEZ

CHARO ALONSO



NUEVO PALACIO DE LA MODA

C/ Mayor de Sánchez Ocaña, 51

Un pliegue en el infinito

Casti deseaba desesperadamente ir a París desde antes casi de saber pronunciar su nombre. Desde muy niña ansió despertarse sin el rumor constante de aquellos telares y chimeneas que parecían arruinar cada amanecer la magia de todos sus sueños. Su abuelo, tintorero viajero, le hablaba de las maravillas de una ciudad de proporciones casi míticas que brillaba sobre el Sena como un secreto antiguo. En su voz, París era una promesa.

Cuando por fin llegó, descubrió que la ciudad era hermosa, sí, pero también ajena y distante. No había en sus calles magia ni enigmas que merecieran ser descubiertos. En los talleres donde tenía que aprender el oficio la moda era tratada como un arte exacto, casi matemático. Allí comprendió que cada patrón era un mapa y cada costura, una frontera. Pero también descubrió algo más inquietante: ciertos diseños parecían reproducir, sin que nadie lo advirtiera, las mismas simetrías que ella había visto en los telares bejaranos, los mismos pliegues que había visto en las telas del Palacio de la Moda de la calle Pardiñas. Entendió porque su padre repetía una y otra vez que la seda se cortaba como un suspiro. Y comprendió donde residía verdaderamente la belleza.

Un descuido inocente marcó su mejilla. Una cicatriz fina, casi un hilo. No la vivió como herida, sino una señal de que debía volver.

Al entrar de nuevo en la tienda supo que no volvió por nostalgia. Volvió porque entendió que su destino estaba allí, en aquel pequeño reino de tejidos donde en cada pliegue recreaba un mundo.

Al cerrar, vio su reflejo en el cristal. La cicatriz brillaba apenas. Un hilo. El mismo que la había llevado lejos. El mismo que ahora la había traído de vuelta.

VERÓNICA DE LA CRUZ

Catálogo de la exposición

Casas de Tinta 2.0



10 al 16 de agosto de 2026

Organiza:



Colaboran:



Cámara
Béjar

Colección Varia Bejarana. n.º 13